

¿Qué significa la "guerrilla"? ¿Por qué nace? ¿Cuáles son sus propósitos? ¿A dónde encamina sus objetivos? Debo confesar, en primer término, que la "guerrilla" no es un fenómeno militar-o cívicomilitar-privativo de España. Otros países lo han visto también brotar en su suelo. No necesitamos hacer grandes esfuerzos para recordar: en la última gran guerra los casos de Francia, de Yugoslavia, de la Unión Soviética, de Albania, y por no citar más, confirman nuestras palabras. Pero no hay duda-debemos añadir ahora-de que es en España donde posee raíces históricas más hon-  
das y donde posiblemente, también, ha rendido más largos servicios. ¿Sería por ello aventurado deducir que aquellos países de Europa, y aun de América, como luego veremos, donde se ha producido el fenómeno de las guerrillas no han hecho sino seguir el ejemplo de España?

En casi todas las grandes luchas registradas por nuestra historia hay una intervención, más o menos clara, de lo que modernamente, hemos dado en llamar guerrillas. La tradición de este sistema de combate pesa, incluso, en la estructura del ejército español. De los dos órdenes en que se divide la táctica de la infantería española-el cerrado y el abierto-comprende el segundo una constante ejemplarización de la forma en que se desenvuelve la "guerrilla". "Desplegar en guerrilla", actuar en guerrilla, son movimientos básicos, frecuentes, de nuestra infantería, que sin duda los tomó del riquísimo acervo de la España guerrera.

¿Qué otra cosa que asaltos, sorpresas, golpes de mano, esto es, guerra de guerrillas, fueron las primeras resistencias celtibéricas, los bélicos intentos de los indígenas de la Península entre la dominación cartaginesa y la dominación romana? ¿Qué otra cosa los levantamientos de la Lusitania y las guerras de Numancia-que no se reducían a esta ciudad, sino

que se prolongaban, en un área profunda, hasta el norte de lo que después se llamó Castilla-con sus heroicas entradas y salidas de numantinos para socorrer a los defensores? (Por cierto que en Numancia-no está de más recordarlo-y en otras ciudades olvidadas, como Astapa, a orillas del Genil, antes de llegar a Eciija, la antigua Astigis, adquirió categoría de eternidad el paradigma de la resistencia peninsular. El hombre ibérico -el de ayer y el de hoy-no admite, en la nómina de sus aprendizajes, la derrota. Antes que ella, prefiere la muerte, como se dice en innumerables coplas del pueblo. "Morir, pero no rendirse", esa especie de dramático ritornelo que corre por su sangre histórica, acaso haya sido la causa de algunos de sus lamentables infortunios, de sus desastrosos errores, pero nadie puede negar que ha sido también uno de sus más claros documentos de identificación. De ahí que las grandes invasiones de otros pueblos-la romana, la germánica, la árabe-, a pesar de sus largos siglos de hegemonía, acabaran fundiéndose en él, y no lo contrario. Por no sufrir la derrota murió más de un millón de españoles en nuestra última guerra de independencia. Por no sufrir la derrota estamos nosotros fuera de España, que es también una manera de ir muriendo, aunque entre llamaradas de fe.)

Pero aún no terminan los ejemplos. ¿De qué otra manera podrían llamarse, sino guerras de guerrillas, a las que se promovieron en tiempos de Sertorio y de Pepenna; a la que mantuvo Verrón frente a las acometidas de César; a las de los grupos que hicieron resistencia a las legiones de Augusto? Incluso la débil oposición que se establece por parte de los españoles romanizados ante la dominación goda, ¿no cae dentro, acaso, del modo de combatir de las guerrillas? En cualquiera de esos casos hallamos más fácilmente la iniciativa privada, el heroísmo personal, la sorpresa, el cálculo, la estrategia felina, pudiéramos decir, que el mo

Por cualquier edad de nuestra historia que abramos las páginas, en contraremos esta misma voluntad tensa y decidida. Cuando yo acabé de escribir el poema que más tarde voy a leer, me puse a recordar el eco de otras voces poéticas-proféticas-que también habían cantado el heroísmo español. Y, entre todas ellas, una se alzó hasta mí con un acento conmovedor. Era la de Fernán Pérez de Guzmán, en un olvidado poema que encierra los fulgores de la España antigua. Fué Pérez de Guzmán-como ustedes sabrán-uno de los principales historiadores, moralistas y poetas de la España del siglo XV. Sobrino del gran Canciller Ayala, el del "Rimado de Palacio", y tío del marqués de Santillana, a la edad de la madurez, después de muchos hechos de armas y muchas jornadas cortesanas, retiróse, ~~XXXXX~~ ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ ansioso de soledad, a su rincón toledano de Batres-el mismo que viera después despertar entre las alamedas y las fuentes la niñez de Garcilaso-por no soportar una injusta decisión de don Juan II tras la batalla de la Higuera, ni reverenciar la autoridad del condestable don Alvaro de Luna. En su retiro, el solitario señor de Batres no sólo trazó-a través de las Generaciones y semblanzas-el retrato de los hombres más notables de su tiempo: dió además en la pasión de metrificar las hazañas de los antiguos españoles y compuso un extenso poema llamado Loores de los claros varones de España, por donde desfilan héroes primitivos, reyes, prelados, sabios y guerreros. Aún le quedaba en aquellos días a la Península grandes sucesos que contemplar. Y no de los menos significativos para su historia. Pero ya se había hecho estribillo en su sangre el grito celtibérico de ¡vencer o morir! cuyos ecos todavía tiemblan en los aires. Fernán Pérez de Guzmán engarzó ese estribillo a su poema. Con rotundidad que no deja lugar a dudas, dijo en una de sus estrofas octosilábicas:

España nunca da oro  
con que los suyos se riendan.  
Fierro et fuego es el tesoro  
que da con que se defiendan.  
Sus enemigos no entiendan  
dellos despojos llevar.  
O ser muertos ~~o~~ o matar:  
otras joyas non atiendan.

Se podían haber escrito hoy estos versos del siglo XV. Y se podrán escribir mañana. Porque no se trata aquí de la persistencia del carácter de un pueblo. Un carácter, a duro hierro, a dolorosas experiencias, es susceptible de modificar. Se trata del espíritu mismo de unas gentes que, como su propio corazón, respondieron siempre a las llamadas de su tierra-de su sangre-con las dos grandes reacciones de la defensa y de la expansión, y prefirieron en la primera convertirse en cenizas antes que ceder, y en la segunda quemarse en desesperadas ansias universales, y no desnaturalizar las íntimas. Nunca la derrota. Nunca el sonrojo de la esclavitud o el sometimiento. Vencer o morir. Es decir, revelar al mundo la verdad, su verdad, o esperar confiados bajo tierra a que los que vengan detrás la claven un día en el picacho más alto. "El concepto de España se agranda en Fernán Pérez", ~~decía~~ decía Menéndez y Pelayo leyendo los Lores de los calros varones. Y nosotros debemos añadir: no sólo el concepto: España misma. Porque lo que hacía el solitario de Batres era recoger el eco de su sangre, la voz de la historia viva, que no miente cuando se ha escrito con la agonía en la garganta, el llanto en los ojos y el sentimiento de la justicia en el alma.

España nunca da a sus hijos oro para que lo conviertan en moneda

de deshonra. Los que en nuestra última guerra de independencia creyeron que con el oro apagarían el acento de los cañones, perdieron el tiempo. Los que en la emigración han creído también que con el oro comprarían las conciencias y anublarian el ánimo de los indoblegables, se van a llevar un chasco mayúsculo. A hierro y fuego, como dice el poeta, combatimos a lo largo de tres años. A hierro y fuego siguen combatiendo allá los que quedaron, y aquí, con el espíritu y la lealtad, los que no nos avencimos a componendas. Y siga, si quiere, corriendo el oro, el oro que no da España y sí algunos españoles, que ni maniobras patrocinadas por estos o los otros países, ni soluciones que no sean las que caben dentro del corazón de nuestro pueblo, lograrán prosperar. Y siga el espectro de la monarquía, como azacán en día de trajín, yendo de la ceca a la meca, de Londres a Washington y de Washington a Madrid, removiendo en el aire coronas y cetros, solideos y sotanas y hablando demagógicamente de reformas democráticas, que mientras la República no vuelva al suelo de España, la República que nos arrebató una conjuta internacional encabezada por el fascismo, no habrá sosiego ni paz ni gozo entre los nuestros. Despojos, sólo los que cubren los cadáveres. Voluntades rendidas, sólo las que siempre lo fueron por cobardía o conveniencia. Los españoles nunca fuimos sordos a la tradición. Nuestra tradición sigue cabiendo hoy en un estribillo. El estribillo celtibérico. El estribillo de siempre. Vencer o morir. O su equivalencia en este caso: a hierro y fuego. A lo nuestro, pues. Que el oro, si para algo sirve, es para festejar victorias, no para preparar mortajas.

Pero volvamos al fenómeno guerrillero, que aún no terminan los ejemplos. ¿De qué otra manera podrían llamarse, sino guerras de guerrillas, a las que se promovieron en tiempos de Sertorio y de Perpenna; a la que mantuvo Verrón frente a las acometidas de César; a las de los grupos que hicieron resistencia a las legiones de Augusto? Incluso la débil oposición que se establece por parte de los españoles romanizados ante la dominación goda, ¿no cae dentro, acaso, del modo de combatir de las guerrillas? En cualquiera de esos casos hallamos más fácilmente la iniciativa.

individual, el heroísmo aislado, el cálculo, la estrategia felina, pudiéramos decir, que el mo-

vimiento ordenado de grandes masas militares.

El gran historiador aragonés Jerónimo de Zurita, cronista de don Fernando el Católico, llamó a esta original forma de lucha "guerra guerrreada". La denominación es exacta y, además, posiblemente de ella se deriva la que lleva en la actualidad. El secreto de las guerrillas está en su capacidad de flexión, en su constante movilidad, en no presentar batalla jamás como convenga al enemigo, sino en dividir la lucha en una serie ininterrumpida de pequeños combates, que vayan siempre acompañados de la audacia, la astucia y la sorpresa. En la Península, la "guerra guerrreada" tuvo su culminación, su madurez, después de la conquista musulmana. Pasados los periodos iniciales del dominio árabe, al aparecer las primeras fronteras de la cristiandad y, sobre todo, al tomar bríos la Reconquista, los españoles entran en una vida de permanente aventura, determinada por la vecindad del adversario que, como ellos, busca el lado débil o el descuido para asestar el golpe. Pero no se entienda que la línea divisoria que separaba a moros y cristianos estaba señalada por posiciones fijas, desde las cuales sostuvieran sus hostilidades los dos bandos. No. El concepto de lo fronterizo, en ese momento de la historia española, va más apegado a lo racial que a lo geográfico, más a la sangre que a la tierra. Los españoles entraban a saco, constantemente, en territorio musulmán, y los mahometanos hacían otro tanto en territorio castellano. Y, a veces, de uno ~~xx~~ y otro lado surgían avenencias y se concertaban amoríos, cuando no transacciones comerciales o de otra índole.

Desde Fernando III, vencedor en Córdoba y Sevilla, en que la Reconquista pierde su carácter de gran cruzada, hasta los Reyes Católicos, que en las guerras de Granada, vuelven a darle un tempo heroico, coronándola con el último resplandor, hay dos largas centurias que sólo se llenan con las escaramuzas diarias de la vida fronteriza. En ellas es donde los españoles adquirieron su extraordinaria destreza para hacer la guerra

de una manera fraccional, es decir, en guerrillas. Algunos de los primeros hombres que vinieron a América-al descubrimiento y a la conquista-conocían directamente, o por tradición heredada de sus padres, la "guerra guerrreada". Por eso, no es extraño que muchos de los episodios de las luchas en el nuevo mundo lleven un característico timbre guerrillero. ¿No lo tiene tal vez la casi inverosímil irrupción de Cortés en el Anáhuac? ¿No lo delatan también los pasos de Pizarro y de otros conquistadores y descubridores? Y por eso también, durante las guerras de independencia de los países americanos, surge en este suelo la tradición guerrillera, heredada de los españoles por los nativos, que la oponen a sus mantenedores y la utilizan para su defensa. No en balde vino a pelear aquí nuestro Mina el Mozo, maestro y capitán de guerrilleros. Y, de las proezas de Mina en Navarra a las de Morelos en México, no hay distancia alguna, si se atiende a la forma en que unas y otras se desarrollaron.

A lo largo de la dominación árabe en España, no fueron sólo las luchas fronterizas las que enriquecieron la tradición guerrillera; también lo fueron las pugnas sangrientas mantenidas por los bastardos reales y los nobles. Hay reinados ~~xxx~~ como el <sup>de</sup> Sancho IV, el del Pedro el Cruel y los de don Juan II y su hijo Enrique el Impotente, que apenas encierran otra cosa que revueltas, asolamientos, luchas banderizas e intestinas. También de ellas obtuvo una parte considerable esa permanente escuela de guerrilleros que ha sido siempre España. Escuela, digo, y no me arrepiento, porque el guerrear de modo esporádico y sin ninguna regla no nos viene sólo del fondo de la historia, sino del fondo de nuestra psicología, de lo más soterráneo de nuestra alma turbulenta y apasionada, hecha a los grandes riesgos y a las grandes llanuras: a las grandes soledades. El guerrillero es un solitario y, como tal, busca para pelear las formas adecuadas a su aislamiento.

Y no es que España haya carecido siempre de grandes estrategas-de grandes técnicos militares, diríamos hoy-. Gonzalo de Córdoba, el gran soldado de Ceriñola, el Gran Capitán de Garellano, el que conquista dos veces para sus monarcas un reino perdido, es el mismo que cuando va por vez primera a Nápoles y tiene que hacer frente a una tropa superior en número, a las ásperas serranías de la Calabria y a la falta casi absoluta de medios y de hombres, adiestra a su pequeño ejército en la táctica guerrillera y, empleándose en descubiertas y movimientos de sorpresa, sube desde Reggio, atraviesa las dos Calabrias, pasa a la Basilicata, y desde Atella, ya victorioso, va a unirse a los que lo esperan en Nápoles. Claro que el Gran Capitán, que revolucionó la táctica militar de su tiempo introduciendo normas y experiencias que han llegado hasta nuestros días, no inventaba nada cuando se conducía como el más consumado guerrillero. Veterano de las guerras de Granada-ya estuvo en Alora la bien cercada- y endurecido en las hazañas de la vida fronteriza, lo único que hizo fue aplicar largas y sabias experiencias a las necesidades de un momento determinado. Con ellas le bastó para vencer a un enemigo que, al darle la cara, era ya dueño del suelo que pisaba.

Y al llegar aquí no quiero pasar en silencio algo que al Gran Capitán se refiere, aunque proyectándose en el agitado fondo de nuestros días. En Loja, de donde era el espadón Narvaez-que lo único que tuvo de guerrillero fue su habilidad para sostener el trono de Isabel la Castiza-hay un paraje denominado los Infiernos. Todos hemos oído hablar de los Infiernos de Loja. Y algunos, además, los hemos conocido. Por allí anduvo de correrías belicosas el Gran Capitán durante las guerras de Granada. Gonzalo de Córdoba, que-ya lo hemos insinuado-era uno de tantos guerrilleros españoles, sólo que tenía también el genio de las batallas en campos abierto, alcanzó sus primeros laureles en Loja, y los segundos



en Illora. Se los ciñó a las sienes la Reina Católica. Con ellos en triunfo, prometió poner un día el pendón castellano en un minarete granadino. Y lo cumplió. A pesar de que en las crónicas del tiempo sólo conquistaron mención de honor los nobles más empingorotados de aquella centuria -él era segundón-, su nombre, con el de Hernando de Zafra, secretario de los reyes Isabel y Fernando, es el único que figura en las capitulaciones de Granada. Por algo sería, como diden los castizos. Pero es el caso que ahora se mueve por los Infiernos de Loja otro español, de menos alcurnia que el conquistador de Nápoles, pero de su mismo temple. También son belicosas sus correrías, y aunque en la mayor parte de ellas es a la guardia civil a quien tiene que presentar el pecho, no le faltan, como al Gran Capitán, moros que batir. La gente llama a este otro guerrillero el Serrano. El Serrano ha combatido con los "civiles" en Loja, y los ha burlado valerosamente en Illora. La crónica de nuestros días asegura que ha prometido, además, poner un día la bandera de la República en el Gobierno Civil de Granada. Yo sé que el Serrano -si no cae antes- cumplirá su palabra. Y sé que, en esta repetición de la historia, aunque haya más de un Boabdil que suspire y llore, las lágrimas y los suspiros no van a servir de nada; cuando más, se irán, como en el poema lorquiano, remando por el Darro y el Genil. Ni el Serrano ni sus hombres están aguantando cicatrices en los Infiernos para que la gloria se les vaya de las manos.

Por último, las guerrillas cobran su rango más alto -y su nombre, el que llevan hoy -en <sup>muestra</sup> ~~no~~ primera guerra de independencia. En los seis años de desesperada y tozuda resistencia a Napoleón y su fraternal candidato al trono, Pepe Botella. Entonces es cuando la guerrilla toma tintes de institución nacional, hasta el punto de que muchos de sus jefes, arrojados de España los invasores, pasan al ejército regular. El Empecinado y Espoz y Mina fueron los más famosos. Años después, en la primera gue-

rra civil o dinástica, y en las que ensangrentaron todo el siglo XIX español, los guerrilleros aparecen de nuevo, enganchados a un bando y a otro, perpetuando así su abolengo belicoso y su rebeldía innata.

Don Benito Pérez Galdós, que después de Cervantes—ya va siendo hora de decirlo—ha sido el escritor que más a lo hondo del alma de nuestro pueblo ha llegado, pintó en algunos libros conocidos el tipo del guerrillero español. Especialmente realizó su pintura tomando como modelo a Juan Martín el Empecinado, de quien dijo que, "después de Mina, que fue el Napoleón de las guerrillas, no hubo otro en España ni tan activo ni de tanta suerte". Galdós decía que el guerrillero es algo así como la sustancia de nuestra ~~xxxxxxxxxx~~ indiosincracia, el tuétano de nuestra psicología, la representación genuina de muchos de los componentes de nuestro carácter nacional. Tal vez tenía razón el gran novelista, que, para buscar una apoyatura a sus afirmaciones, escribía estas palabras: "Suele ser comparada la previsión de los grandes capitanes a la mirada del águila, que, remontándose en pleno día a inmensa altura, ve mil accidentes escondidos a los vulgares ojos. La travesura (pues no es otra cosa que travesura) de los grandes guerrilleros puede compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora, los cuales, desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torres, ruínas y bosques, atisban la víctima descuidada y tranquila para caer sobre ella.—En las guerrillas no hay verdaderas batallas, es decir no hay ese duelo previsto y deliberado entre ejércitos que se buscan, se encuentran, eligen terreno y se batén. Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choques es preciso que una de las dos partes ignore la proximidad de la otra. La primera calidad del guerrillero, aun antes del valor, es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen, y el huir no es vergozoso en ellos.

La base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse. Se condensan para caer como la lluvia, y se desparraman para escapar a la persecución; de modo que los esfuerzos del ejército que se propone exterminarlos son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes. Su principal arma no el trabuco ni el fusil; es el terreno; sí, el terreno, porque según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso, prestándose a sus maniobras. — Figúrese que el suelo se arma para defenderse de la invasión; que los cerros, los arroyos, las peñas, los desfíladeros, las grutas, son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas, y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, separan y destrozan. Esas montañas que se dejaron allá y ahora aparecen aquí; estos barrancos que multiplican sus vueltas; esas cimas inaccesibles que despiden balas; esos mil riachuelos cuya orilla derecha se ha dominado, y luego se tuerce, presentando por la izquierda innumerable gente; esas alturas en cuyo costado se destruyó a los guerrilleros, y luego ofrece otro costado donde los guerrilleros destrozan el ejército en marcha; eso, y nada más que eso, es la lucha de partidas; es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose".

Hasta aquí las palabras de Galdós. Digamos otras nosotros para terminar esta charla. En algunas ocasiones, al conocerse entre nosotros-aquí, en la emigración-los acontecimientos guerrilleros de España, no faltó por ahí quien se sintiera sorprendido y hasta casi alarmado. Yo quiero preguntar: ¿Pero es que lo que se ha venido repitiendo, de seis años a esta parte, no ha logrado penetrar algunos oídos? ¿O es más bien que los oídos de algunos no perciben sino aquello que les conviene percibir? ¿Pero es que puede sorprenderse nadie de que haya guerrilleros en España, cuando el guerrillero es a la libertad de aquel país lo que la

mirada del águila a los confines del espacio? A todo hay quien gane, dice el refrán. Hasta en el fingir ignorancia, digo yo. *Esas bombas que acabaron de sonar en Madrid, ¿no son acaso guerrilleras?*

No sé si este bosquejo genealógico de las guerrillas llegará a convencer a alguien. Lo que importa ahora es darle un final. Y el final es éste: en nuestra pasada guerra de liberación nacional, la que se libró de ~~1936~~ 1936 a 1939 contra alemanes, italianos, señoritos desmandados y militares cerriles, también hubo guerrilleros. Y muchos. Guerrilleros del pueblo, guerrilleros republicanos que penetraban constantemente a la zona franquista y descarrilaban trenes, volaban polvorines, asaltaban destacamentos. Pues bien, esos mismos guerrilleros, después de apoderarse los invasores de todo el territorio nacional y sentar a Franco en el trono de ~~el~~ Pardo, permanecieron dentro de España, y, unidos a otros muchos --miles y miles-- que engrosaron sus filas, han seguido escribiendo, con su sangre, páginas de heroísmo que nunca olvidará España.

Era natural que, en ocasiones, ni en América ni en otros puntos lejanos, se supiera nada de los guerrilleros españoles. Han vivido-viven-acosados, día a día, por las jaurías de la Falange, por la guardia civil, por los legionarios del Tercio, por los moros. Aunque el pueblo, y sobre todo los campesinos, los protegen, han tenido que soportar una guerra sin cuartel. Y, cuando sus perseguidores, impotentes, veían cómo la presa se les iba de las manos una y otra vez, volvían las armas contra sus familiares, asesinando cobardemente a mujeres, ancianos y niños. Pero, en otras ocasiones, las hazañas de los guerrilleros españoles han resonado en el mundo entero. Han llegado a América. Y nosotros las hemos comentado y lanzado a los cuatro vientos. Particularmente, de dos años a esta parte, no ya en nuestra prensa, sino en la propia prensa de México y de toda América, aparecen cada día noticias de las ~~xxxxx~~ actividades de los guerrilleros. ¿Cómo, por consiguiente, ha podido extrañarle a nadie el tras-

cidental papel que están jugando estos héroes? Porque no se trata de grupos sueltos, aislados, sin conexión entre sí. Nuestros valerosos guerrilleros, desde hace tiempo, tienen su Alto Mando, actúan en perfecta organización, incluso han llegado, a veces, a expedir partes de cada una de sus acciones. Nuestros guerrilleros se extienden por Asturias, por Castilla, por el Guadarrama, cerca de Madrid, por los montes de Toledo, por Extremadura, por Aragón, por Cataluña, por el Pirineo. Y por Andalucía. Sí, por nuestra Andalucía que, en la Sierra Morena, en Sierra Nevada y en la Serranía de Ronda, cuenta con grandes baluartes de la resistencia española. Nuestros guerrilleros bajan a las ciudades—las importantes, no pocas veces—, castigan a los falangistas, socorren a los perseguidos, sostienen verdaderos combates con las fuerzas de represión. Y ha de llegar el día—un día muy cercano ya—en que claven en el corazón mismo de España su bandera inmortal. Yo no sé si para esa fecha, los españoles que vivimos holgada y gustosamente en tierras de libertad nos habremos puesto, al fin, de acuerdo. Lo que sé es que ellos lo están de antemano, y que, si nos descuidamos mucho, los gritos de júbilo van a sonarnos a extraños, como les ha ocurrido a algunos con la existencia de los guerrilleros.

Y, para poner un remate a estas palabras, voy a volver a donde comencé. ¿Qué significa la "guerrilla"?—preguntaba yo. ¿Por qué nace? ¿Cuáles son sus propósitos? ¿A donde encamina sus objetivos? Ahora podemos contestarnos con toda claridad. La "guerrilla" significa la voluntad heroica del pueblo expresada en sus hijos más audaces. Nace por una necesidad de defensa contra un enemigo superior, que casi siempre encarna una tiranía. Se propone, evidentemente, mantener el fuego de la resistencia en los momentos en que ésta es más necesaria y más difícil de organizar. Y encamina sus objetivos hacia el objetivo supremo de la libertad, hacia

la victoria del pueblo contra sus enemigos.

No quisiera yo acabar esta charla sin recordar a ustedes que los hombres que en estos momentos están cayendo en España, no importa dónde, en los montes o en las ciudades, en las cárceles o en la calle, son también guerrilleros. Como los de la sierra, también ellos son soldados de la causa republicana, también ellos luchan y mueren por la República. No más tarde de ayer fueron Cristino García y Ramón Viás, por no citar más que unos casos entre los muchos miles que podríamos traer a cuento. Cristino García y Ramón Viás, dos héroes de la resistencia francesa, de la lucha mundial del antifascismo, después de haberlo sido en su patria, en nuestra España, durante los tres años de guerra contra Franco, Hitler y Mussolini. Hoy, es Casto García Rozas, otro español de ánimo de acero, que, no sólo combatió en nuestras filas y permaneció voluntariamente en España, después del triunfo temporal franquista, sino que, habiendo pasado un día a Francia y de Francia a México, tierra holgada para vivir gustosamente, volvió a España y entró otra vez en ella, a seguir ayudando a sus hermanos-a nuestros hermanos-en la batalla contra la usurpación. Allí lo han detenido. Al pie del cañón, como debe decirse entre gentes que luchan. Y allí lo han asesinado. Lo han asesinado torturándolo. Han acabado con él a golpes. A golpes rabiosos de bestia enfurecida. ¿Y todavía nuestros probos jueces de la Organización de las Naciones Unidas temen que en España se derrame la sangre y que estalle una nueva guerra civil; ¿A qué sangre se referirán?, he preguntado yo más de una vez. Porque la del pueblo ha corrido ya-y sigue corriendo-a torrentes. ¿Habría que pensar entonces que esa sangre tan bien preciada y custodiada es la de la Falange, es decir, la de aquellos que iniciaron y mantienen la guerra civil?

García Rozas, como tantos españoles caídos, es un símbolo de la Es-

paña martirizada. De la España republicana. Pero nosotros, amigos y paisanos que me escucháis, y yo, y el que está en el café, y el que se dedica a los negocios, y el que va al partido, debemos entender que este símbolo doloroso no se produce para que, desde aquí, con más o menos emoción, con más o menos solidaridad, le dediquemos nuestros lamentos y nuestras lágrimas. No. Se produce para avivar la llama del deber en nuestros corazones. Se produce también para que nosotros mismos nos demos cuenta de lo que vale nuestra sangre, la sangre generosa de España, que ya no tiene límites para verterse. El dolor, la angustia, la desesperación nos llegan ya a los tuétanos del alma. Necesitamos poner un dique a la crueldad falangista. Necesitamos elevar nuestra voz y que la oiga el mundo entero, para que ~~todo~~ a todo el mundo le penetre este horror que nos consume. ¡No más españoles sacrificados; ¡No más torturas ni fusilamientos; España ha dado ya toda la sangre que podía dar. España ha pagado <sup>casi</sup> mayor contribución que nadie al vencimiento de los bárbaros. Estamos luchando desde 1936. ¡Desde 1936! Y aún no nos hemos rendido. Pedimos sólo justicia a los de afuera. Dentro, nosotros sabremos aplicarla. Como los guerrilleros, como esos incansables y heroicos hermanos de nuestra Andalucía y de toda España, movilizémonos en nuestro terreno y combatamos audazmente para que de una vez acabe el terror en nuestra patria.